

Fuck Green New Deal

Colapso y alternativas:
Anticapitalismo y Autogestión

Título: *Fuck Green New Deal*

Subtítulo: *Colapso y alternativas: Anticapitalismo y Autogestión*

Colección: Projectiles

Edición y revisión: Milvus

Maquetación: Ester Jiménez

Diseño de colección y cubiertas: Jordi Arques

Editorial Milvus

www.editorialmilvus.net

info@editorialmilvus.net

Alcoi - Albaida

Primera edición: septiembre 2020

Segunda edición: noviembre 2020

Tercera edición revisada: noviembre 2021

ISBN: 978-84-948756-6-3

Depósito legal: A-230-2020

Impresión: BookPrint

Se puede reproducir libremente sin fines comerciales.

Se deben citar los autores, la obra y los editores.

Para cualquier otro uso contactar con la editorial.

Fuck Green New Deal

Colapso y alternativas:
Anticapitalismo y Autogestión

Pedro Prieto
Miquel Amorós
Barbaria
Colectivo Cul de Sac
Editorial Milvus



2021

Editorial

Este libro recoge las distintas intervenciones que tuvieron lugar el jueves 17 de octubre de 2019 en Madrid, en la Fundación de estudios libertarios Anselmo Lorenzo (FAL), siguiendo el orden en que se llevaron a cabo. El acto se realizó bajo el título «Colapso y alternativas: anticapitalismo y autogestión». Nos decidimos a publicarlas porque creemos que es importante compartir ideas que puedan contribuir a la formación de una respuesta anticapitalista a la crisis ecológica. Incluso lo encontramos necesario, en cuanto que a penas se oyen voces sobre la cuestión climática poniendo en duda el papel del Estado y una solución autoritaria. Queremos agradecer a organizadores, FAL, ponentes y sus respectivos colectivos por ponernos tan fácil la publicación de estos textos.

«La cuestión de la energía» es una transcripción de la intervención oral de Pedro Prieto ligeramente adaptada al formato literario. En ella se habla del colapso desde la perspectiva de la crisis energética. Pedro se ha dedicado a estudiar estas cuestiones y compartir sus conocimientos y opinión en numerosas conferencias,

charlas, artículos, etc. Es miembro de distintas agrupaciones especializadas o de investigación, como la Asociación Española para el Estudio de los Recursos Energéticos, Científicos por el Medio Ambiente, Association for the Study of Peak Oil and Gas (ASPO) o la revista especializada *15/15*. Asimismo, ha trabajado largamente en el sector energético como ingeniero técnico en telecomunicaciones.

Miquel Amorós lleva años defendiendo las propuestas libertarias y antidesarrollistas, contribuyendo a ellas con sus aportaciones teóricas. Es autor de numerosos artículos y ha participado en infinidad de actos donde ha expuesto sus ideas. Ha escrito valiosos libros sobre la historia del anarquismo o distintos grupos refractarios, así como otros que recogen su pensamiento en forma de ensayos. Su análisis se caracteriza por una sólida crítica del Estado y la nocividad como sostén y consecuencia, respectivamente, de la dominación y el sistema industrial. En su lugar propone un modo de vida asambleario, igualitario y equilibrado. Con su contribución a este libro desvela algunos antagonismos que a primera vista pueden permanecer ocultos, a la vez que ofrece pistas sobre como combatirlos.

El siguiente texto lleva por título «Una crítica al concepto de colapso». En él se defiende la tesis de que el capitalismo no va a colapsar pues no hay barreras capa-

ces de detenerlo. En su huida hacia adelante, las condiciones de vida de la población se verán empeoradas sistemáticamente. Solo una revolución internacional podría evitarlo. Este planteamiento choca en algunos aspectos con los demás textos, esencialmente en lo relativo al impacto de la escasez energética sobre el propio sistema. Es por eso el más controvertido. Firmado por el grupo Barbaria; colectivo que, en contacto con otros grupos ubicados en distintas partes del mundo, trata de elaborar una teoría revolucionaria del proletariado.

El colectivo Cul de Sac es el responsable de la revista monográfica del mismo título e impulsores del emergente proyecto editorial Ediciones el Salmón. Su tarea se centra en una crítica de la idea de progreso, oponiendo la defensa de una vida más sencilla, centrada en las actividades humanas como respuesta a los anhelos de libertad y no a imperativos económicos o totalitarios. Destacan sus traducciones de autores poco o nada conocidos en lengua castellana así como de obras inéditas de otros más célebres, lo cual constituye un loable esfuerzo. En su contribución a este libro resaltan como la gestión de lo existente se ha convertido en el *leitmotiv* de la política, aunque en algunos momentos algunos sectores parlamentarios traten de adoptar una imagen rompedora.

Carlos Taibo se ha negado a participar por lo que su intervención no ha quedado recogida.

Por nuestra parte, como colectivo editor hemos contribuido con un escrito a modo de epílogo. En él esbozamos nuestro punto de vista al tiempo que tratamos de dotar de un hilo conductor al conjunto de textos. Para ello nos centramos en lanzar una mirada crítica al llamado Green New Deal (GND).

Parte del objetivo de estos textos es desenmascarar lo que hay detrás de algunos discursos que pretenden representar la llamada lucha contra el cambio climático. Quizás el mayor logro del GND sea presentarse como una respuesta al capitalismo verde cuando en realidad es su encarnación política más acabada. Aunque respaldado por una parte de los llamados movimientos sociales, nosotros consideramos que este pacto sirve a la dominación para disfrazar sus intereses. Por ello vamos a esbozar brevemente de que se trata, ya que además será referido en varias ocasiones a lo largo del libro y quizás no todo el mundo sepa de que se está hablando.

El GND empieza a coger fuerza en EUA, dentro del Partido Demócrata, de la mano de la congresista Alexandria Ocasio-Cortez. Pronto se hace popular también en ciertas esferas políticas del viejo continente, cuyos partidarios lo enarbolan como catalizador de un nuevo «bloque político». A nuestras coordenadas llega sobre-

todo a través de Más País, quienes titularon «Lo que no puede esperar: Un acuerdo verde para España», al adelanto de su último programa electoral, cuya versión final empezaba diciendo: «El Acuerdo Verde será la columna vertebral de un nuevo modelo de país que aprovechará la transición ecológica como la gran oportunidad para que España dé un salto histórico [...]». Y así, según el propio Errejón, este pacto era reivindicado por primera vez «no para un uso propagandístico».

Lo primero que hay que tener en cuenta es que existen distintas versiones, lo cual no deja de amplificar sus múltiples contradicciones¹. Según sus términos, se trata de un pacto a gran escala cuyo principal impulsor sería Europa, quien ha de cargar con la responsabilidad histórica de liderar este esfuerzo mundial. Su objetivo es una transformación «radical» del sistema económico basándose en el New Deal promovido por Franklin D. Roosevelt en EUA —que se caracterizó sobretodo por una mayor intervención del Estado sobre la economía—, pero trayendo esta ambición al presente y al otro lado del charco.

Veamos cuales son los diez pilares en los que se basa su programa —en el orden en que lo proponen y utilizando sus propias palabras— aunque sea a grandes rasgos:

1. La transición a las energías renovables.
2. Una transformación económica y social impulsada por las instituciones públicas para hacer frente a la crisis climática y medioambiental.
3. Empoderar a los ciudadanos para que asambleas, gobiernos y comunidades tomen decisiones significativas.
4. Proporcionar un trabajo decente a todos aquellos que lo buscan.
5. Aumentar el nivel de vida.
6. Combatir la desigualdad social y económica a través de inversiones públicas.
7. Invertir en el futuro.
8. Acabar con el dogma del crecimiento.
9. Redistribuir los recursos para rehabilitar las regiones sobreexplotadas.
10. Conducirnos rápidamente hacia nuestras metas climáticas y ecológicas.

Se afirma que estos objetivos van a crear la economía más próspera, más justa y más sostenible que jamás hayamos visto, permitiendo a todas las comunidades disfrutar de aire limpio, agua dulce y reservas naturales

locales. A nosotros su apariencia nos despierta muchas sospechas y cuanto más indagamos, más se acrecientan. En cualquier caso y como siempre, invitamos a una lectura crítica, así como a seguir con el debate y las acciones que se consideren oportunas por los medios que se encuentren adecuados.

Albaida, mayo de 2020.

La cuestión de la energía

Pedro Prieto

Como creo que el debate es sobre colapso y autogestión, y de autogestión a los grupos libertarios tengo poco que enseñarles, pues lo que voy a hacer es hablar un poco de colapso. Lo haré casi fundamentalmente desde el punto de vista energético pero está vinculado con todos los aspectos sociales de la vida.

Empecé a preocuparme por el asunto de la energía en el año 90, cuando dirigía una serie de proyectos en una Polonia ya tardocomunista con un capitalismo incipiente, donde vi las dos fases. He trabajado 30 años en la Standard Eléctrica y vengo del mundo de las telecomunicaciones. Empecé a ver en Katowice —que es una ciudad del sudoeste de Polonia—, nevar copos de nieve negra. Entonces pensé que algo iba mal en este mundo. Allí está concentrada toda la industria siderúrgica, la metalúrgica y las grandes plantas productivas generadoras de energía eléctrica. Desde entonces estoy realmente preocupado por la energía.

En 2003 me incorporé a una asociación llamada AS-PO, un grupo de científicos que están representados en

aproximadamente 40 países, casi todos ellos europeos pero también en China. El Instituto del Petróleo de Pekín tiene a unos 200 o 300 ingenieros investigando el cenit del petróleo, cuestión que preocupa muchísimo a sus 1400 millones de habitantes. También hay muchísima gente preocupada por el cenit del petróleo y del gas en EUA y en el resto del mundo. En esa organización he aprendido muchísimo. Yo no soy geólogo de formación ni ingeniero de la energía, simplemente de telecomunicaciones, pero las telecomunicaciones dependen mucho de la energía. He vivido determinados cortes en algunos países y he visto como tras una caída energética, cae todo lo demás. Los que penséis que internet no va a caer ante un corte energético estáis equivocados: nos quedamos a cero en internet y en telecomunicaciones.

Al estudiar la energía vi que aproximadamente en 1900 estábamos consumiendo unos mil millones de toneladas². Fue también sobre esa época cuando el carbón empezó a superar a la biomasa como energía de uso masivo para la población. Entonces éramos unos 1600 millones de personas. Cuando tenía quince años, el petróleo superó por primera vez al carbón y a la biomasa en el consumo mundial. Sucedió con unos tres mil millones de habitantes en el planeta que consumíamos unos tres mil millones de toneladas. En el año 2018 consumimos catorce

mil millones de toneladas en forma de petróleo, gas, carbón y, por supuesto, hidroeléctrica, nuclear, etc. Pero fundamentalmente —el 82 %— en energía fósil. Esto es un problema enorme, estamos en el piso catorce del rascacielos del consumo cuando hace 50 años estábamos en el tercero y hace 100 en el primero.

La pregunta es hacia donde vamos a ir. Primero si hay energía para seguir creciendo, porque el capitalismo exige crecimiento continuo. Eso si no revienta, algo que quizá pueda ser la única buena noticia de este negocio, porque cuando revienta el capitalismo por falta de energía será una buena noticia para muchos y mala para otros, ya que sin energía va a haber muchas cosas que no vamos a poder hacer. Incluso con menos energía va a haber muchas cosas que no vamos a poder hacer. Y no hace falta llegar a cero para que el capitalismo, en mi opinión, termine estallando. Simplemente bastará con el hecho de que no se pueda crecer durante un tiempo sostenido, que yo creo que ya está a las puertas. El capitalismo exige devolución de capital con intereses y si no hay crecimiento no se pueden devolver, entonces me temo que va a reventar.

Empecé a preocuparme también por si las llamadas «energías renovables» podían sustituir a los 11.500 millones de toneladas de combustibles fósiles —de los catorce mil millones— correspondientes a petróleo en

primer lugar, carbón en segundo y gas natural en tercero. ¿Cuáles son las modernas energías renovables? La hidroelectricidad que ya sabemos hasta donde da de sí, ha ocupado la mayor parte de los valles fértiles del mundo. Hay más de 50 mil presas según Pedro Arrojo —que es un especialista mundial en energía—, y estamos destruyendo todo para conseguir un poco más de electricidad. Aun así, hoy es apenas un 2 o 3 % de todo el paquete energético que tenemos y no va a crecer mucho más, porque no queda mucho más que explotar y además únicamente genera electricidad.

A nivel mundial, el 82 % de energía fósil se está consumiendo en sectores muy concretos como la industria o el transporte. El 95 % del transporte se basa en el petróleo. Hay 50 mil barcos de gran tonelaje circulando por el planeta; también del orden de 25 mil aviones. El 31 de julio se batió el récord con 230 mil vuelos comerciales diarios y casi veinte mil vuelos comerciales en el aire simultáneamente. Ese día viajaron 23 millones de pasajeros, es decir, una ciudad como Shanghai en el aire. Esa es nuestra situación actual en cuanto a consumo de energía, en cuanto a los aviones, ahora que Greta está hablando sobre el *flygskam*³ y que hay que dejar de volar. ¡Por supuesto que hay que dejar de volar! Porque además, la industria de la aviación civil está pensando en pasar de 25 mil a 50

mil aviones, es decir, que estamos ya en una situación distópica, contradictoria y de locura. Por un lado nos damos cuenta de que no podemos continuar y por otro, el modelo económico nos obliga a seguir hacia delante.

Ocurre lo mismo con el turismo. El año pasado se recibieron más de 82 millones de turistas en España —el 80 % por vía aérea— y 1400 millones en todo el mundo. En España es una gran alegría para el sector, que da trabajo a 2.500.000 de personas y supone el 14 % del PIB. El ministro o la ministra de turismo se pone muy feliz cuando cada año aumenta un 3 % el turismo en nuestro país, pero matemáticamente hablando, un aumento del 3 % continuado en la llegada de turistas es imposible. Es decir, nos haría tener mil millones de turistas hacia el año 2100 y está claro que es inviable.

El sistema está agotado, lo que ocurre es que es muy difícil tumbar el capitalismo. Este siempre tratará de regenerarse, aguantar y darse la vuelta; destruir para volver a crear, etc. Pero cuando no quede suficiente energía no podrá volver a destruir para crear de nuevo. En definitiva estamos en una encrucijada energética, lo que Vaclav Smil —profesor canadiense y otro de los especialistas mundiales en energía— llama el *crossroads*. Por un lado queremos más, queremos seguir adelante y por el otro, empezamos a darnos cuenta de que no podemos.

También he estado dando conferencias sobre el coche eléctrico⁴. Tenemos en estos momentos 23 millones de vehículos para 46 millones de habitantes en este país, que no es de los más automovilizados. Equivale a uno por cada dos personas, incluyendo niños, ancianos, etc. En Pamplona hay una fábrica de automóviles, también en Vitoria, Barcelona, Valladolid, etc. Valladolid vive fundamentalmente de la industria del automóvil Renault y cuando planteas el asunto de que ya está bien de fabricar automóviles, no solamente salta el director de la Renault o el jefe de Volkswagen o de Mercedes, es el propio trabajador quien te dice que quiere seguir fabricando automóviles para cobrar a final de mes. Estamos en un sistema demoníaco, en lo que algunos colegas norteamericanos llaman *the carbon trap*, es decir, la trampa del hidrocarburo. El asunto es como vamos a poder salir de esta trampa y tendrá que ser desde el conocimiento de que estamos en una situación muy difícil.

Tengo un familiar que es un cargo importante de Iberia. Hay que decirle que salga corriendo si puede. Seguro que no puede, pero si puede que salga corriendo porque no va a haber más aviación en determinado momento. No me importa si es una década, dos décadas o cinco, pero no va a haber más aviación porque no hay baterías eléctricas ni generación eléctrica para mover

los aviones, los 50 mil barcos, y tampoco se puede mover la agricultura mecanizada mundial con energía eléctrica. Para que se hagan una idea, *grosso modo*, solamente un 20 % de nuestra energía es entregada en forma eléctrica, de alta calidad, como la que nos ilumina. El otro 80 % es no eléctrica. Los ejércitos no se mueven con electricidad: dígame usted a un coronel del ejército que vaya a hacer la guerra no sé donde y a invadir no sé que país con automóviles y tanques eléctricos, si es que los hay —porque de hecho no existen—. Hay muchas cosas que solo se pueden mover con energía fósil porque es la más versátil, la más densa y la más potente para hacer todos esos movimientos. Entonces, la vuelta que tenemos que dar a nuestra sociedad es una vuelta de calcetín, tremenda, que va a afectar a millones de personas.

En la industria del automóvil hay 1.500.000 personas trabajando, aquí en este país, pero en el mundo pueden ser más de 100 millones. Hay 1100 o 1200 millones de vehículos privados circulando por el planeta y están pensando, desde la industria del automóvil, en llegar a dos mil. Otros dicen: «pues hagamos los vehículos eléctricos que seremos verdes». Pero nos estamos engañando, las energías renovables no llegan. Llevo veinte años estudiando energías renovables y 40 años instalándolas en equipos de telecomunicaciones,

desde Cuba a las montañas remotas de Colombia y en muchos otros sitios. Y funcionan, los sistemas renovables funcionan para determinados usos, pero no para sustituir 11.500 millones de toneladas de combustibles fósiles. Para eso no hay energía renovable, no se hagan ilusiones.

Los Amigos de Ludd tenían una revista que se llamaba *Las ilusiones renovables*, un artículo fantástico, es decir, son ilusiones⁵. Pensar que vamos a substituir los hidrocarburos con placas fotovoltaicas, o que con aerogeneradores vamos a mover el mundo, incluso con centrales termosolares... es una equivocación. Hay mucha gente que defiende que con los coches lo que vamos a hacer es tomar electricidad de las energías renovables, de las placas fotovoltaicas y de los aerogeneradores. Hacemos hidrógeno por electrolisis, lo comprimimos a 700 atmósferas o lo congelamos a 253 grados bajo cero y luego, con eso, lo volvemos a meter en motores, o en celdas de células de hidrógeno. O con el metano sintético y ya con eso nos movemos por todos lados. Nos estamos engañando, ese ciclo completo es absolutamente ineficiente, no va a funcionar y por tanto no se va a dar. No al menos a la escala que estamos pensando.

De hecho ya hay indicios de que las energías renovables están entrando en una curva de transición, que hasta ahora no hacía más que mostrar curvas

exponenciales de crecimiento tremendo —y todo el mundo estaba muy satisfecho con dichas curvas—, pensando en sustituir a la energía fósil. Bueno, pues los alemanes ya se han estancado. Es un país riquísimo que ha invertido muchos miles de millones de euros en su *energiewende* —así llaman al sistema energético renovable— del que a estas alturas están obteniendo un 7 u 8% de energía primaria. Alemania tiene 30 mil aerogeneradores, está todo el país lleno de aerogeneradores. Ellos tienen el Báltico, con una profundidad media de 50 metros, y aun así les cuesta tres veces más un aerogenerador *offshore*, en el mar, que en tierra. Y se están yendo al Báltico, pero esos aerogeneradores se están oxidando mucho antes de los que están en tierra.

Bueno, ya con esto voy a terminar porque he agotado el tiempo que teníamos previsto. Simplemente lanzo una pregunta para cerrar mi intervención: ¿cómo se espera sustituir todos los combustibles fósiles con estas llamadas «energías renovables», manteniendo el nivel de vida actual y siguiendo con el crecimiento económico?

El capital no ha de ser la medida
de todas las cosas

Miquel Amorós

Las sociedades altamente tecnificadas, donde reinan las condiciones hipermodernas de producción y consumo —donde la economía funciona gracias al endeudamiento, se despilfarran cantidades ingentes de energía y se acumulan millones de toneladas de residuos— han entrado en una fase crítica de rendimientos decrecientes. Eso significa que han de proseguir a mayor velocidad en su lógica extractivista y consumista, sometiendo la naturaleza a las exigencias de la economía para llegar a niveles de crecimiento capaces de compensar la bajada de la tasa de ganancia. Sin embargo, la carrera de la productividad está perturbando seriamente el planeta, agravando las condiciones de supervivencia de la población. Ahora mismo, la destrucción de la naturaleza es superior a su capacidad de recuperación. La crisis ecológica —hoy publicitada como calentamiento global o cambio climático— no es más que la punta del iceberg de una crisis múltiple que abarca todas las esferas de la actividad humana y que anuncia un colapso a medio plazo, a raíz de lo cual el sistema se degradará en medio de graves perturbaciones. Dada la incom-

patibilidad absoluta entre una sociedad equilibrada y horizontal con otra desarrollista y jerarquizada, entre la civilización termo-industrial con un medio ambiente sano, en fin, entre el beneficio privado con la vida, el desarrollismo, aunque sea calificado de «sostenible», no hará más que agudizar las innumerables contradicciones que siguen aflorando y profundizar las crisis. Al inflar globos crediticios, acentuar la explotación de recursos, alcanzar «picos» de todo, contaminar a diestro y siniestro y devorar toda clase de energía, nos veremos abocados inevitablemente a sufrir las consecuencias de agujeros financieros, parálisis institucionales y alteraciones ambientales peligrosas e irreversibles, acompañadas por escasez de alimentos, epidemias y descomposición social. Nos acercamos a un escenario de derrumbe sistémico que subraya la entrada en una época dura, de mucha más difícil adaptación, que comportará retrocesos hacia situaciones insoportables y crisis exacerbadas.

Un lenguaje apocalíptico y salvacionista ha surgido para conjurar con palabras lo que no puede arreglarse con hechos. Alguien dijo en alguna parte que nunca se ha hablado tanto de salvar el planeta cuando tanto se hace por destruirlo. El sistema financiero-industrial capitalista ha de seguir creciendo para escapar a sus crisis, pero el crecimiento no hace más que acentuarlas.

¿Cómo crecer sin tropezar con las malas consecuencias del crecimiento? El cambio del mix energético es la solución según los expertos intergubernamentales. ¿Cómo se podrían reducir la emisión de gases de efecto invernadero, los principales responsables del calentamiento global? Los técnicos asesores de los gobiernos aconsejan disminuir progresivamente la dependencia de la energía fósil mediante el recurso a la energía renovable industrial —por cierto, íntimamente asociada a la fósil—. La propuesta coincide con la de los ejecutivos de las empresas que promueven un capitalismo global «descarbonizado». Desde la Cumbre de la Tierra (Johannesburg, 2002) han surgido lobbies transnacionales que apuestan por una Nueva Economía Climática producto de una *tercera revolución industrial*, de la que la «transición energética» no sería más que el primer peldaño. Hace tiempo ya que las finanzas se aventuran por los negocios «ecológicos» y digitales como por ejemplo, los inmuebles «inteligentes», el alumbrado LED, los coches y patinetes eléctricos, las pilas de hidrógeno, las subastas de energía o los mercados de emisiones. Y entre tanto, se piensa en tasas, peajes y bonos «verdes», se calculan puestos de trabajo «verdes» y se promociona un estilo de vida alterconsumista *inserto en la matriz del Internet de las cosas*, o, como se suele decir, «verde». Se trata de un capitalismo «verde» que promete expandirse gracias

a los bajos precios de las energías renovables en el futuro, mediante la creación de una «red eléctrica inteligente» a escala nacional. Para un sector de la clase dirigente, el viraje hacia el capitalismo ecológico gracias a una *transición realista*, o sea, desarrollista, hacia lo que llaman «sostenibilidad» y no lo es, significa una oportunidad lampedusiana para cambiar el mundo sin que nada cambie, es decir, sin modificar un ápice las estructuras políticas y económicas actuales.

Si consideramos el estado nefasto de las cosas desde su vertiente política, un número considerable de ejecutivos, consejeros y políticos proponen un Nuevo Pacto Verde entre las multinacionales, los gobiernos y *la parte social* (partidos, sindicatos y ONGs) que pase por la declaración de un estado de emergencia climática. Se trata de una amplia operación disciplinaria destinada a mantener bajo control suave a la población, preparándola para afrontar las medidas de austeridad que decretarán los gobiernos para «descarbonizar» —o más bien dismantelar— «el estado de bienestar» de las clases medias, cuando este ya no pueda conservarse. Por ejemplo, restricciones del transporte, del suministro eléctrico y del agua, racionamiento del combustible, del azúcar, de la carne y de los productos lácteos, subida general de precios, etc. De hecho equivaldría a la entronización de una economía de

excepción, con el único objetivo de renovar en condiciones extremadamente alteradas de supervivencia el complejo termo-industrial y el Estado político que asegura su dominio. No obstante, está por ver si esa clase de disposiciones remontará los obstáculos que presentarán tanto la inercia del sistema —hijo de los hidrocarburos— como los mecanismos de bloqueo propios de su complejidad estructural, más allá de la construcción en sus márgenes de economías alternativas de tipo cooperativo tutelado, destinadas a *reducir el coste humano del colapso*, o más bien, a neutralizar el potencial explosivo de la exclusión social.

La orquestación mediática y política de las protestas adolescentes contra el cambio climático apenas disimula los albores de un periodo tardío del capitalismo caracterizado tanto por el carácter eminentemente destructivo de sus fuerzas productivas, como por su dificultad en crecer lo suficiente para pagar deudas, pensiones y salarios, crear empleos, mantener una enorme burocracia y fomentar la «electrificación» total del transporte, la agricultura y la industria. Los dirigentes —particularmente los políticos— aplauden las demandas que los jóvenes manifestantes les dirigen de forma pacífica y festiva, que no cuestionan nada ni a nadie, como si el conflicto social no existiera. Así pues, no faltará quien trate de aprovechar la coyuntura, propicia al

alarmismo, para montar una intermediación «verde» y llevar a cabo una *política de mayorías* con argumentos catastrofistas. Es más una maniobra de legitimación del capitalismo «verde» que cualquier otra cosa. Para esa especie oportunista, el Estado sería el instrumento ideal de la transición que impulsan las mismísimas multinacionales del petróleo y del gas. Aprovechar la nueva corriente transicionista del capitalismo global —manifiesta en el GND, en los Acuerdos de París o en los trabajos del GIEC⁶— para convertirse en su adalid parlamentario, sería como *marcar un gol en campo contrario*. ¿Contrario a qué y a quién? Nos preguntamos. Como era de esperar, la «nueva» izquierda que se asoma tras esos cálculos electoralistas, el discurso decrecentista y los desfiles contra la extinción, se confunde con la vieja «izquierda» en su incoherencia respecto a la naturaleza del capitalismo y a la verdadera función del Estado. A pesar de los pesares, esta última resulta bastante transparente en lo que respecta al crecimiento a toda costa, al despilfarro, a la tecnología «inteligente» y al agotamiento de los recursos. Como muestra, el botón de sus políticas de «desarrollo», sus planes de remodelación de las metrópolis y sus proyectos de ordenación del territorio. Cuando la economía encuentra a la política, el Estado se funde con el Capital. Se puede decir, al menos desde que la burguesía tomó el poder, que los Estados fueron concebidos para ello y que esa

es su verdadera tarea, por más que para los autoproclamados «demócratas ecosocialistas» consista, mejor, en encubrir la operación de maquillaje verde por decreto.

No existe una verdadera reacción popular, pero se la teme, ya que los antagonismos entre dirigentes y dirigidos no se han ido, y se procura que ninguna nimiedad —una burbuja inmobiliaria, una subida de precios, un problema de abastecimiento, una catástrofe natural, la retirada de un subsidio, etc.— la desencadene. El sistema termo-industrial está globalizado, así que la avería de una zona concreta puede repercutir en todo el conjunto. Esa es la fragilidad de su enorme poderío. La decisión ha de seguir residiendo en la cúspide jerárquica, por lo que se procurará impedir la aparición de espacios autónomos donde pueda darse una discusión libre y crearse un movimiento autoorganizado, consciente de la incompatibilidad entre el Estado y la protección del entorno; un movimiento al tanto de la oposición irresoluble entre el desarrollo capitalista y la auténtica sostenibilidad, consciente además de la contradicción entre las economías «circulares» dentro del mercado y la ocupación de zonas resistentes fuera de la economía, diestras en la autodefensa, en las que se puedan esbozar modelos sociales de cooperación igualitarios, solidarios y no industriales. En fin, desde donde nazcan prácticas a través de las cuales recobren los

individuos la decisión sobre todo lo concerniente a su existencia, a su modo de vida y al tipo de sociedad que deseen. «No hay tiempo para eso», dicen los ecociudadanistas. Sí que lo hay, parece, para fomentar una protesta cautiva, inofensiva y apresurada basada en la movilización espectacular, en la cooptación remunerada de personalidades independientes y en el aislamiento de los radicales o «puristas». La finalidad última de tanto discurso supervivencial, tanto politiquero chungo y tanta maniobra publicitaria no es otra que ejercer de puntal extra del Estado: el Estado es el asidero de los partidos que intentan ser la expresión política de las clases medias acobardadas por las crisis bajo el capitalismo tardío.

La escasez de respuestas populares a las crisis, o lo que es lo mismo, la inexistencia de un sujeto social, histórico, —de una clase realmente antagónica— es explicable por el sencillo hecho de que la mayoría de la población es rehén de la economía, depende completamente de ella y por lo tanto, es prisionera de sus imperativos. No puede pensar en otra cosa que no sea su quehacer diario. En Europa, no quedan grupos tradicionales al margen como por ejemplo, en América, capaces de constituir una alternativa radical al sistema. Por otro lado, en la sociedad de consumo europea la clase mayoritaria no es el proletariado de la industria,

muy reducido, ni el precariado, sin apenas medios de defensa, sino la clase media asalariada ligada al sector terciario, no productivo (un 60 % en el Estado español). Dicha clase es la columna vertebral del consumismo y la base social del parlamentarismo y de la partitocracia. No se considera antisistema ni enemiga del Estado, por más que las crisis hayan reducido sus efectivos y que la tercera parte de ellos admita encontrarse en una posición difícil. A pesar de la desvalorización de sus titulaciones, de la presión de las hipotecas y de la supresión de los puestos de trabajo que le correspondían, conserva su mentalidad burguesa y sus aspiraciones de ascenso, que ha sabido transmitir a las generaciones herederas. Su confianza en los gobiernos no se ha esfumado aunque haya disminuido, con lo que la clase política no ha perdido demasiada legitimidad, y por consiguiente, la crisis política se ha estancado. En fin, dado que, de momento, tanto el colapso financiero como las crisis energética y estatal han podido evitarse, las dimensiones sanitaria, demográfica, cultural y social de la crisis no se han desplegado en toda su magnitud. Los servicios públicos y los transportes regulares funcionan peor, pero están ahí; no hay verdadera crisis institucional. La solidaridad popular no ha desaparecido a pesar del incremento de las conductas antisociales, particularmente de la violencia de género, del narcisismo y del miedo. La delincuencia,

las mafias, las bandas y, en general, el lumpen, son un fenómeno periférico, preocupante, pero limitado. En la mayoría de países, los guetos a los que la policía no tiene acceso fácil son pocos. Por consiguiente, podemos hablar de crisis moral, de pérdida de valores, de síntomas anómicos, de irracionalidad, pero la crisis social todavía no ha llegado al colapso. Se está en ello. De todas formas, la crisis ecológica condiciona la política y sacude la economía, poniendo en serio peligro los fundamentos de la civilización industrial. Para prevenirse los dirigentes cuentan con la alta tecnología, y el ecociudadanismo, con el Estado.

Sería un error pensar en un derrumbe próximo, puesto que se trata de un proceso de descomposición no lineal, que puede tomar distintos derroteros en función de los escenarios que vaya encontrando y de las etapas que vaya superando. No olvidemos lo que antes del reinado de la filosofía *de la diferencia* se llamaba «condiciones históricas específicas»: poderes fácticos, clases ilustradas, tradiciones de lucha, peso de la casta política, conciencia social, derechos adquiridos, organizaciones, etc. Esa clase de condiciones puede acelerar el proceso o frenarlo. En general, un colapso ocurre cuando la satisfacción de las necesidades básicas deja de ser posible para la mayoría y el Estado se muestra impotente ante los disturbios que ello comporta.

No es ese el caso para la mayoría de Estados. La inversión no desfallece y el precio de la energía aún no es demasiado alto, por lo que la economía aún puede tratar de crecer conteniendo la exclusión y pisando sendas «verdes». Los motores de la civilización termoindustrial —el petróleo y el crédito— siguen incólumes. Mientras los programas de protección medioambiental creen empleos, los cree el turismo ecológico o cualquier otra actividad capaz de industrializarse, el derrumbe de la clase media puede retrasarse, con lo cual la crisis ecológica no despertará en las masas una cólera demasiado enérgica, y, por consiguiente, no surgirán en número suficiente formas colectivas de convivencia radicalmente transformadoras. Las protestas serán incapaces de cuestionar al Estado, apartarse de las reglas del mercado y forzar una salida de la economía, con lo cual no se podrá revertir la exclusión, ni la periurbanización desbocada, ni el calentamiento global, ni la destrucción de los ecosistemas.

Lo que queda más claro, es que el crecimiento económico nunca podrá prescindir de la energía fósil, y por lo tanto, nunca dejará de envenenar el planeta. La vuelta al equilibrio con la naturaleza —la sostenibilidad— si todavía es posible, empieza con el fin inmediato de la producción y el consumo de energía fósil y nuclear, en paralelo con el desmantelamiento de la indus-

tria, es decir, el hundimiento de la economía de mercado y de la civilización termo-industrial. En definitiva, supone la subversión completa del orden mundial y el fin del capitalismo en todas sus modalidades. No hay fuerza social capaz de conducir a un final de tal naturaleza, pero en cambio, la implosión del propio sistema es bastante probable. El colapso generalizado permitirá la puesta en marcha sin trabas de pequeñas zonas autónomas —ya desconectadas de una economía mundial en ruina— que satisfagan las necesidades elementales de su vecindario. Experiencias de ese tipo son la parte más prometedora de los escasos combates actuales. Sin la conformación de un sujeto colectivo nacido de las luchas anticapitalistas, en lugar de una transición hacia un sistema comunal, autogestionado, ecológico y descentralizado, tendremos la barbarie estatal, la barbarie mafiosa o ambas. Además, ninguna transformación de esas características podrá emprenderse desde el Estado, el último refugio de todas las clases desahuciadas.

Una crítica al concepto de colapso

Barbaria

En estos meses, con el surgimiento de Más País y la incorporación de algunas personas conocidas del ámbito anarquista y ecologista en Madrid, me ha venido a menudo una anécdota a la cabeza. Puede parecer un poco extravagante empezar con una historia del siglo XIX una discusión sobre los problemas a los que nos enfrentamos como especie en el siglo XXI, pero solo lo es en apariencia.

El caso es que a finales del XIX estalla un debate al interior del Partido Socialdemócrata Alemán (SPD). Eduard Bernstein, uno de sus dirigentes más importantes, abrirá el melón afirmando que la revolución en realidad no es necesaria y que el propio desarrollo del capitalismo, gracias a su tendencia a socializar la producción y al empuje de las asociaciones, ateneos, sindicatos y cooperativas obreras, lo haría caer como fruta madura. Había pues que favorecer desde el Estado las reformas socialistas apropiadas para acompañar este proceso objetivo. El escándalo fue grande en el SPD. No porque no fuera lo que su dirección llevaba haciendo ya un par de décadas, sino por la manera de expli-

citar las consecuencias teóricas de esa misma práctica. En ese momento, Ignaz Auer, el secretario del partido, le escribía una carta a Bernstein diciéndole: «Mi querido Ede, nadie hace oficialmente lo que dices que hay que hacer, nadie lo dice, simplemente lo hace».

Esta anécdota me venía a la cabeza por dos motivos. El primero, porque muestra con claridad cómo lo que hacemos no es inocuo. Hay que tener en cuenta que el SPD era un partido que, con todo, pretendía acabar con el capitalismo y por ello era perseguido y encarcelado. Sin embargo, cuando nuestra práctica es ambigua y no se dirige claramente contra el capital y el Estado, antes o después se acaba negando la necesidad de la revolución. Y a la inversa: cuando se niega la posibilidad y la necesidad de la revolución, lo más normal es que se acabe colaborando de una u otra forma con el capital y el Estado. Solo que algunos lo dicen y actúan en consecuencia y otros, a menudo sin saberlo, lo hacen.

El segundo motivo entra ya de lleno en el tema del debate, y tiene que ver con la idea de colapso. La socialdemocracia clásica, y no solo Bernstein, pensaba que la economía era la infraestructura que determinaba el todo social. Pensaba también que el desarrollo de esa economía nos conducía de por sí a una sociedad mejor, haciendo que el capitalismo cayera finalmente como fru-

ta madura. Era lógico entonces que Bernstein llevara este planteamiento hasta el final, negando la necesidad de la revolución. Pero hoy en día es imposible creer que el desarrollo del capitalismo nos lleve a un mundo mejor, así que se produce una curiosa inversión. Lo que se hace es plantear que la infraestructura que determina todo lo demás ya no es la economía, sino el petróleo, los recursos energéticos, y que agotado el petróleo todo el conjunto social del capitalismo colapsa. No nos dirigimos hacia el progreso, sino hacia el colapso. Pero en cualquier caso, el desarrollo del capitalismo vuelve a hacer que la revolución tampoco sea necesaria.

Bueno, para entender por qué relaciono yo ahora a Más País con Bernstein y a Bernstein con el colapso, tengo que explicar las cosas al revés de como debería hacerlo. En primer lugar, las conclusiones: no va a haber colapso. El capitalismo no puede colapsar, porque a pesar de lo que se pueda creer el capital no tiene límites externos, no tiene barreras que le impidan seguir creciendo. Eso no quiere decir que todo vaya a ir de puta madre. Al contrario. Como se ha repetido muchas veces en debates como este, el capital es una lógica de crecimiento ilimitado en un mundo físico limitado. Eso conlleva que el capital va a seguir creciendo, caiga quien caiga. La catástrofe capitalista seguirá ampliándose de manera exponencial, cada

vez más brutalmente, hasta que se produzca una revolución internacional o nuestra especie se extinga. Y para hacerlo, obtendrá energía de donde haga falta.

El problema de planteamientos como el del colapso es que invierte los términos. En lugar de preguntarse qué tipo de relaciones sociales hace que sea necesario uno u otro tipo de energía, se pregunta por cómo los recursos energéticos determinan un tipo u otro de relaciones sociales. Así, en lugar de comprender lo que es el capitalismo en su lógica global para, a partir de ahí, pensar qué papel cumple el agotamiento del petróleo, lo que hace es reducir las relaciones sociales a cuestiones meramente físicas: cuando se acaben los hidrocarburos, se acabará el capitalismo. Al hacer esto, es imposible comprender lo que es el capitalismo. En esta sociedad, toda la producción se rige por el intercambio de mercancías, y eso produce un desdoblamiento: no importa lo que se intercambie, no importa lo material, solo que ese intercambio permita tener dinero para producir más mercancías para producir más dinero. Lo abstracto domina lo concreto. El valor domina al ser humano y a su entorno natural, los pone a su servicio, caiga quien caiga. Nos encontramos ante una máquina de destrucción ciega, automática e impersonal.

Pero en todo esto hay un problema. Y es que la única manera de producir cada vez más valor es explotando trabajo humano y, por la competencia capitalista, en la producción cada vez hay más máquinas y menos humanos. Eso supone que para producir ahora con robots si acaso el mismo valor que se producía con masas de obreros en una cadena de montaje, hace falta producir muchas más mercancías y por tanto utilizar muchas más materias primas y energía, sin que eso resuelva realmente el problema. Así pues, en esta máquina ciega de destrucción que es el capital, cada vez hay más población sobrante y cada vez es más necesario el consumo voraz de recursos energéticos y naturales. Por decirlo de manera esquemática: cuanto menos trabajo humano se necesita para producir mercancías, más mercancías tienen que producirse y por tanto más energía se necesita para producirlas y transportarlas hasta el mercado. Digo energía y no petróleo con toda la intención: en la lógica del capital, todo es abstracto. Pero la conclusión es sencilla: comida para las máquinas y hambre para el ser humano. Quizá el ejemplo de los agrocombustibles sea el más claro para ilustrar esta idea. Y este consumo voraz de recursos naturales, esta expulsión permanente de trabajo y con ello de vidas humanas del acceso a los medios de subsistencia, esto no se puede interpretar en términos físicos, como un límite «externo» del capital:

esto es la catástrofe automática, cada vez más brutal, a la que nos conduce la lógica misma del capitalismo. Y mientras siga subsistiendo intercambio mercantil y propiedad, esta máquina de destrucción seguirá operando.

Pero claro, aquí no se trata de meternos en una discusión demasiado teórica sobre si colapso o catástrofe capitalista. Es importante, pero no es el lugar tampoco. Lo importante es no dar el salto demasiado rápido, y saber que antes de que llegara el susodicho colapso pasaríamos —y lo estamos haciendo ya— por un aumento de las tensiones imperialistas por el acaparamiento de los recursos energéticos y minerales, cuya necesidad es cada vez más perentoria. Al mismo tiempo, la catástrofe social que estamos viviendo con cada vez mayor intensidad seguirá produciendo revueltas sociales, con una intensidad y radicalidad crecientes, con un aprendizaje colectivo y con la generación de formas de comunidad esenciales para la continuación de la memoria colectiva. Es decir: nos conducimos hacia un mundo cada vez más polarizado, social y militarmente, en el que las posiciones de clase, el internacionalismo y la apuesta radical por un mundo distinto, sin concesiones, se vuelven esenciales para revertir la situación.

Lo que se ha dado en llamar el «ecofascismo», en realidad no es nada más que esta profundización de la

crisis del capital y su gestión por parte del Estado. Claro, que el término «ecofascismo» plantea dos problemas serios: en primer lugar, parece plantear que el fascismo no fuera capitalista. Y todo lo contrario: el fascismo fue un movimiento histórico de modernización capitalista, fue la industria, la patria, la tecnología capitalista hecha carne y Estado. Que, dicho sea de paso, tampoco fue tan distinta en sus fenómenos fundamentales al capitalismo ruso o al keynesianismo de Roosevelt. Por otro lado, pareciera diferenciar entre un capitalismo bueno, el vivido hasta ahora, y un capitalismo verdaderamente catastrófico, que es el que se nos viene encima. ¡Como si el capitalismo no fuera una catástrofe permanente, un apocalipsis repetido y sistemático para la mayoría del planeta, desde hace siglos!

En cualquier caso, y como hemos dicho, el problema fundamental de la idea de colapso es que niega la necesidad de la revolución. Si el capitalismo se va a la mierda por sí solo y no hay mucho más que hacer, entonces solo quedan dos alternativas: el sustraccionismo o el Estado. Sobre la propuesta sustraccionista la revista *Salamandra* va a abrir un debate interesante en su próximo número, en el que también nosotros participamos. Si hubiera que resumirla, yo utilizaría el título de un artículo representativo que se escribió en otro momento: «Volver al campo mientras el mundo se derrumba».

Escaparse del capital, retomar relaciones comunitarias mientras llega el colapso. Esta es una perspectiva respetable, que a mi modo de ver hace parte de una pulsión de radicalidad y de una necesidad de rechazar las relaciones existentes, viviendo ya relaciones que intenten anticipar el comunismo anárquico. Por decirlo con sencillez, el sustraccionismo es la expresión de un sistema social que se agota. Sin embargo, no hace falta reflexionar mucho para darse cuenta de que es imposible escapar del capital: que nuestra supervivencia dependa de la mercancía, en mayor o menor medida, no es negociable. Por otro lado, en la mayor parte del planeta el desarrollo de la urbanización y de la agroindustria ha anulado la diferencia entre el campo y la ciudad, al mismo tiempo que la vida en el ámbito rural puede ser incluso más nociva, siquiera para la salud, que la vida urbana. El capitalismo es totalitario, y no perdona a nadie.

Como en cualquier caso la perspectiva de la sustracción es inevitablemente minoritaria y parte de una derrota —no es posible transformar este mundo, así que voy a intentar transformar mi microcosmos particular—, lo lógico es que quien quiera pensar en términos de mayorías sociales acabe coqueteando con la idea de la gestión estatal. No se trata ni mucho menos de igualar la sustracción a la participación institucional: la pri-

mera parte de una radicalidad vital en busca de realizarse, la segunda supone no solo gestionar y reproducir la miseria del capital, sino mandar a la policía, matar, desaparecer y torturar cuando se protesta contra ella. Y sin embargo, nos estaríamos haciendo trampas si no viéramos una línea de continuidad: si la revolución no es posible y el mundo se va a la mierda, solo queda escapar para la minoría o hacer lo que buenamente se pueda desde el Estado para la mayoría. Por resumir: el concepto de colapso te lleva a la impotencia política, a la derrota anticipada. Y ante esta derrota, emerge lo que nosotros llamamos «socialdemocracia de la catástrofe»: es decir, que si el mundo se va a la mierda, por lo menos gestionémoslo democráticamente desde el Estado.

La propuesta de gestionar la catástrofe capitalista desde el Estado no es solo criminal, también es absurda. Viva prueba de ello es que el famoso GND puede resumirse en la creación de burbujas financieras verdes a golpe de impresora en el Banco Central. La propuesta de *volver al campo mientras el mundo se derrumba* no solo es insuficiente, es tirar la toalla antes de tiempo frente a la disyuntiva real que se nos plantea como especie: la extinción o la revolución internacional. Y es que, como decíamos antes, estamos entrando en una situación de auténtica polarización imperialista y de

clases. De hecho, la escalada de revueltas sociales la estamos viviendo ya, por solo hablar de este año, desde Francia hasta Hong Kong, desde Ecuador hasta Irak, y no es descabellado afirmar que estamos viviendo el inicio de un ciclo de luchas que abre la posibilidad de un nuevo período revolucionario. Y en este proceso de polarización social, la única forma que tenemos de no ser derrotados es mantener la claridad: la catástrofe capitalista continuará mientras no se luche contra toda forma de Estado, contra toda nación, contra la propiedad y la mercancía, a nivel mundial. Todo lo demás es un sálvese quien pueda.

Reverdecer el capitalismo,
un programa para las próximas
décadas de dominación social

Colectivo Cul de Sac

El colapso de la sociedad industrial y sus nuevos administradores

Durante el primer decenio del siglo XXI los llamamientos y las voces de alarma ante un inminente colapso del mundo tal cual lo conocemos han ido ganando audiencia. Eminentes tecnócratas, divulgadores del Apocalipsis y ecologistas científicos vienen acumulando evidencias empíricas incontestables del advenimiento de un final civilizatorio, una sexta extinción que nos llevaría a todos por delante. El creciente desorden mundial provocado por el declive de la sociedad industrial sería el preludio de este fin de los tiempos. De sobra son conocidos los malos augurios sobre el cambio climático y el calentamiento global; o las advertencias sobre el fin del petróleo barato y la escasez energética.

Por lo visto la catástrofe se ha convertido ya para muchos en un punto de llegada ineludible, y les queda a los nuevos administradores analizar los posibles escenarios, elaborar reglamentaciones, legislar sobre el resto de vida que habrá que preservar y elevar

las recomendaciones a quienes tengan el poder de hacerlas cumplir para que «todos entremos en razón». El tono de alarma y urgencia no puede evitar ese regusto a tecnocracia (del gobierno, la industria, la universidad o la sociedad civil) cuando exponen muchos de sus argumentos.

Porque en realidad esa humanidad, a la que pretenden concienciar con sus tablas llenas de cifras, gráficos y cálculos sobre los años que nos quedan «de seguir así», ha sido reducida a un recurso más que administrar en la nueva etapa de racionamiento. Etapa en la que tendremos el privilegio de ser envenenados con dosis siempre tolerables y concienzudamente medidas, mientras votamos alegremente por el partido de la transición ecológica. Por ello, algunos de los más desenvueltos representantes de esta burocracia de la catástrofe no tienen empacho en presentar el escenario del declive como una oportunidad para construir de nuevo el mundo, gestionar eficazmente los recursos y «servicios de la naturaleza», y encaminarnos a todos por la vía de la participación en el reverdecer del capitalismo.

Esto no quiere decir que el desastre en curso no sea cierto. Todo lo contrario, las evidencias son tan claras que decir: «De no hacer algo inmediatamente, *podría* ser demasiado tarde», es un ejercicio de pesimismo

demasiado optimista. Lo que sucede es que al final de su larga lista de catástrofes se encuentran siempre las llamadas a un cambio de rumbo que tendrán que comandar —como no podría ser de otro modo— ellos mismos. Apelan a esa humanidad doliente que, para asegurar su supervivencia, no tendrá más remedio que someterse a su modernización verde, su desarrollo sostenible, su transición ecológica, o la receta que prefieran.

Olvidan señalar que el capitalismo industrial no es solo un amontonamiento de máquinas, productos, desechos, emisiones y vertidos de venenos varios, sino que es fundamentalmente una forma de relaciones sociales, que ha tenido que destruir las bases sobre las que se alzó, y que, en las condiciones actuales, determinadas estructuras de poder funcionan mucho mejor cuanto más catastrófica sea la situación.

El hundimiento generalizado de las condiciones de vida ya se ha producido, y para constatarlo no son necesarias medidas de la polución del aire, estudios sobre la concentración de metales pesados en los organismos vivos o contadores Geiger⁷. Mucho menos cuando uno se pregunta, ¿qué podría hacer con el plomo o el cadmio acumulados en mi organismo? Para cualquiera que eche un vistazo a los acontecimientos sucedidos durante el siglo XX y las primeras dos

décadas del XXI escuchar que en los próximos años «algo podría ir muy mal» suena a broma de pésimo gusto.

El problema de las «verdades incómodas» es que no incomodan a casi nadie. Para ser verdades han tenido que esperar a que las sancionen como tales las mismas instituciones que se han encargado de reducir la vida a un conjunto de variables medibles y comercializables. Para que fuesen incómodas habría que presuponer que hay algo revelador en ellas, que algo ha estado oculto durante todo este tiempo, cuando lo cierto es que lo hemos tenido siempre delante de las narices, como *La carta robada* de Poe. Así, quienes pronostican doctamente el colapso que se producirá en breve (pueden ser diez, 30 o 100 años), suelen dar por sentado que volver al funcionamiento del sistema industrial previo al neoliberalismo, a ese supuesto equilibrio redistributivo tras la II Guerra Mundial, es tan solo una cuestión de «voluntad política».

La combinación entre el nuevo rumbo de una sociedad de la emergencia y el encierro culminado en los márgenes del industrialismo verde, se convierte en el punto de partida del que surgirán las nuevas condiciones de la opresión. Condiciones que si se diferencian en algo de las precedentes será en su perfeccionamiento, ya que, ante la magnitud del chantaje al que nos vemos

sometidos, a muchos las medidas de excepción no les parecerán solo necesarias sino inevitables.

De eso se trata, precisamente, cuando los nuevos aspirantes a la administración del colapso hablan de las medidas a tomar en caso de incendio. La urgencia de la situación les sirve para realizar un ejercicio de *realpolitik* ecológica por el que cualquier aspiración a cuestionar la dependencia y la desposesión bajo el capitalismo industrial choca con la magnitud de las medidas a adoptar, y con la necesidad de constituir amplias mayorías de votantes que permitan un reverdecimiento del capitalismo. Han aceptado que «salvar el planeta» implica salvar, en primer lugar, las relaciones sociales capitalistas, asumiendo un compromiso en la cogestión del desastre y arrimando el hombro para concienciar a las masas de la necesidad de dejar en manos de «buenos gestores» el curso incierto de las próximas décadas. El programa de reverdecimiento del capitalismo se presenta, por ello, como el programa de la dominación para las próximas décadas.

La gran movilización en la «guerra contra el cambio climático»

La movilización de amplias mayorías que den lugar a gobiernos capaces de promover políticas de transición ecológica apela a la metáfora del «esfuerzo de guerra».

Así nos aleccionan, poniendo el ejemplo de la política de EUA durante la II Guerra Mundial, y cómo todo el sistema burocrático e industrial se pudo «reorientar» hacia la guerra; y sin empacho proponen una reorientación del sistema industrial moderno hacia una «economía de guerra climática».

En esa guerra climática, el desarrollo de «tecnologías blandas» y el uso de energías limpias serán la punta de lanza de una transformación social de gran alcance. Supuestamente, los cambios producidos en la base técnica de la producción serán suficientes para promover procesos sociales de transición ecosocial, sin necesidad de transitar ningún escenario de conflicto, y sin tener que poner en duda —más allá de lo «razonable»— el crecimiento económico y la representación política que están en la base del capitalismo. Según nos cuentan, la posibilidad «técnica» de una transición ecológica, sin cambiar en lo fundamental las relaciones de dominación, es un debate «científico» abierto, en el que las posiciones ideológicas deben ser «cuidadas» y estar abiertas a asumir compromisos con la implementación de políticas públicas realistas y efectivas. Por supuesto, adoptar estas medidas necesitará de un amplio apoyo de la población, porque afectarán al modo de vida y a la capacidad de consumo de las clases medias de los países ricos. Pero la acción política

no puede estar sujeta a los ritmos de un largo debate; el tiempo apremia, y los expertos en transiciones ecológicas asumen como mal necesario la participación en las instituciones y parlamentos de toda índole con tal de acercarse a los resortes del poder que permitan legislar sobre el parque humano en extinción.

Este supuesto «realismo político» de algunos que, hasta antes de ayer, se autoproclamaban libertarios o ecologistas de base, tiene a favor el viento de los tiempos. Las llamadas de Extinction Rebellion o de los Fridays for Future a que «los políticos» tomen medidas para salvarnos del atolladero en el que vive inmersa la sociedad industrial, justifican el salto de algunos a la política representativa como un acto de compromiso con la realidad, un sacrificio de sus sueños de juventud en aras del bien común que, por supuesto, necesita de un pragmatismo y un optimismo a prueba de bombas.

Los más adelantados en el arte de la manipulación lo han llamado «funambulismo de la contradicción». Por decirlo con su prosa calculadamente hueca: «[...] a veces el enemigo es capaz de forzarte la mano sin que tú puedas decirlo públicamente porque sería peor para el proyecto global de transformación. El funambulismo de la contradicción [...] que es el centro de gravedad de cualquier política madura, es una artesanía en ocasiones muy amarga». Es decir, los que se postulan co-

mo nuevos administradores del desastre quieren tener las manos libres para maniobrar en los intersticios de la política parlamentaria, sin tener que rendir cuentas públicamente porque esa es la condición de la «política madura» —que más que madura se encuentra en proceso avanzado de putrefacción—. No se evitan el chascarrillo imbécil de afirmar que, como cada grado que no suba la temperatura o cada especie que no se extinga es una victoria en la cuenta atrás del desastre climático, la urgencia justifica por sí misma cualquier medio, y las cosas han de hacerse «partido a partido». Por supuesto, cualquier aspiración libertaria, cualquier crítica a las instituciones estatales o para-estatales en las que los ecogestores hayan decidido desarrollar su carrera, se convierten de inmediato en «romanticismos ingenuos». La carga de profundidad contra los movimientos sociales —en lo que parece un ajuste de cuentas con el pasado de algunos de ellos— culmina con este ejercicio de cinismo extremo: «lo cierto es que los golpes de Estado nunca los detiene por sí sola la población civil. Lo hace siempre aliada con facciones democráticas del mismo estamento militar».⁸ ¿Un ejército para la guerra climática en curso? ¿Irán a pregonar la inevitabilidad de la transición ecológica a los cuarteles para tener aliados cuando tengan que imponer las medidas legisladas desde sus tribunas parlamentarias? ¿Se ten-

drá que imponer por la fuerza su propuesta de una Ley Orgánica de Ecologización de la Economía?

Los nuevos ecogestores han extraído las peores conclusiones de su paso por los movimientos sociales: la gente no quiere implicarse, los problemas son demasiado graves y técnicamente complejos, el uso del monopolio de la fuerza que ejerce el Estado es indispensable para problemas de tan gran escala, la única acción política eficaz es la que tiene lugar en las «democracias representativas realmente existentes», los movimientos sociales «no hacen historia», y un largo etcétera. La emergencia climática sirve así para proponer un cierre de filas en torno a lo que ellos llaman un «pueblo del clima» y del que, por supuesto, se proponen como representantes políticos legítimos. Se trata de convertir la cuestión ecológica en un eje transversal que articule una mayoría electoral para concentrar poder, tomar las riendas del Estado y articular desde ahí un proceso de transición ecológica dentro del propio capitalismo, si es necesario, *manu militari*.

El Green New Deal: la razón de Estado reverdece

La adopción del llamado GND es una forma de convertir el ecologismo en razón de Estado. El escenario político internacional les es propicio para ese cierre de filas,

sobre todo con el acceso al poder de reconocidos negociacionistas del cambio climático como Trump o Bolsonaro, cuya estupidez cósmica hará bueno hasta al más burócrata de los ecologistas. Pero, pese a eso, hay que hacer la crítica de este supuesto nuevo gran pacto por el capitalismo verde.

En primer lugar porque sus referencias históricas a la política de Roosevelt en el periodo de entre guerras y tras el final de la II Guerra Mundial, olvida decir que aquella política pudo desarrollarse, precisamente, porque EUA se convirtió en el motor principal del capitalismo, desbancando a Inglaterra, y que el New Deal fue inseparable del desarrollismo económico experimentado por la economía global, sobre todo, a partir del consumo de combustibles fósiles, una de las causas del calentamiento global. El gran pacto capital/trabajo de postguerra, las buenas intenciones de «no repetir los errores» del pasado, el objetivo del pleno empleo y la redistribución como resortes para conseguir una «paz duradera», son inseparables del aumento del consumo energético, de la integración de un mercado mundial de masas y de la división internacional del trabajo. En la base del New Deal está, precisamente, el desarrollismo económico que nos ha traído hasta el borde del colapso.

En segundo lugar, ese pacto debería surgir de las condiciones geopolíticas *actuales* que no son, ni por asomo, semejantes a las del inicio de los llamados «treinta gloriosos». El papel de China en la economía mundial, la descomposición a pasos de gigante de la Unión Europea, el viraje de EUA hacia las políticas proteccionistas, el ascenso en todo el mundo de un nacional-populismo que puede ser tan neoliberal en lo económico como reaccionario en lo social —según le vaya en el juego electoral—, el agotamiento de los combustibles fósiles, la pugna por tomar posiciones ante el paulatino deshielo del Ártico y los grandes intereses económicos y militares que, ya hoy, se están movilizandando en la zona... todo esto hace que el escenario internacional esté en las antípodas de lo que algunos han llamado «el espíritu de Filadelfia»; de aquel pacto global para hacer que las condiciones de vida de las clases medias y trabajadoras de los países ricos no volvieran a tener motivos para enfrentarse a los representantes políticos del capital.

En tercer lugar, pensar que en el Estado español se dan las condiciones para promover una gran transición ecosocial, a través de la toma de unos cuantos resortes del aparato de Estado, es un ejercicio de ilusionismo y de cinismo del más alto nivel. Con una economía basada fundamentalmente en el sector servicios y en la cons-

trucción, muy dependiente del turismo internacional y de la movilidad motorizada, el papel de comparsa en el escenario internacional de una transición ecológica realizada en interés del propio capitalismo está asegurado. Si de lo que se trata es de, como dicen, «ganar tiempo», o de conquistar mayorías electorales que den un espaldarazo «simbólico» tras décadas de políticas neoliberales en todo el mundo, todas las llamadas alarmistas a tomar medidas drásticas para detener el imparable declive ecológico quedarán relegadas a notas al pie dentro de programas que aborden una reestructuración «realista» del capitalismo.

A modo de epílogo:
¡Fuck Green New Deal!

Editorial Milvus

«Hemos puesto en marcha el Green Deal europeo.
Esto coloreará todo el mandato».

MARGRETHE VESTAGER
Comisaria Europea, diciembre de 2019.

En estas líneas vamos a tensar algunas cuerdas. Nuestra intención no es herir sensibilidades o ser injustos con quien no lo merece, sino destapar contradicciones, anticipar algunas de las paradojas que el futuro más inmediato nos depara.

Desde los años sesenta del pasado siglo la situación ecológica del planeta se ha resumido en un *crescendo* de datos científicos apabullantes. Hace décadas que vemos sucederse Cumbres de la Tierra (Estocolmo 72, Río 92...) y otros eventos internacionales sobre Medio Ambiente, Desarrollo o Transición Ecológica. No han alcanzado, nunca, ni uno solo de sus objetivos. Para hacerlo, las medidas a tomar deberían ir en contra de los intereses que sus impulsores promueven y financian. Sin embargo, han logrado proyectar una imagen en la

que algunos Estados y empresas aparecen realmente preocupados por el futuro del planeta.

Durante los últimos dos años el llamado movimiento por el clima ha movilizó a millones de personas en todo el mundo, con el fin de presionar a los Estados para que tomen medidas capaces de paliar la crisis climática. Sus propuestas se basan en demandas de mayor regulación. Estas incluyen desde soluciones impositivas hasta sanciones o compensaciones económicas por pérdida de la biodiversidad o emisiones de gases de efecto invernadero, pasando por la innovación y la promoción del uso de las nuevas tecnologías. Todo mezclado en un mismo saco, sin preguntarse hasta que punto algunas de estas «soluciones» pueden contribuir a empeorar los problemas que pretenden mitigar.

La conversión de las fuentes de energía es uno de los puntos estrella de los ideólogos del GND. Apoyados por el ecologismo oficial⁹ pregonan un despliegue a gran escala de las mal llamadas renovables, aunque es sabido que estas no pueden sustituir cuantitativamente a las energías fósiles y que dependen igualmente de procesos altamente destructivos. Requieren de la minería para la fabricación de sus componentes y de maquinaria pesada para su extracción, transporte, etc. La *electrificación renovable* del parque automovilístico se enfrenta a la escasez de las reservas de litio, níquel y platino.

Incluso aunque fuese viable a nivel energético —que no lo es—, solo sería aplicable al transporte de personas, cuando la realidad es que el transporte de mercancías es el principal consumidor de energía. Ahora mismo no existe la tecnología capaz de crear baterías lo suficientemente eficientes, ni la red de suministro necesaria para soportar el transporte pesado. Además, no se trata únicamente de un problema técnico sino físico, es decir, ecológico. Y eso sin entrar en las relaciones de poder que una estructura energética centralizada requiere. Entonces ¿Por qué seguir empeñados en preguntarnos sobre las fuentes de energía y no por cuanta producimos y qué hacemos con ella? En lugar de eso, el GND se plantea mantener el actual modelo de producción capitalista mediante eufemismos como «economía circular» o «sostenibilidad».

Hay otro punto sobre el que se debería llamar la atención: la promoción de las nuevas tecnologías. Estas se nos presentan envueltas en una especie de aura etérea. Sin embargo su fabricación, desde la extracción de minerales hasta el ensamblaje final, supone una de las actividades más devastadoras del planeta, ligada a un enorme consumo de agua, que tiene lugar —en gran medida— en pésimas condiciones de trabajo. Por otra parte, la expansión de internet exige una gran cantidad de servidores activos sin interrupción, con

sus respectivos sistemas de refrigeración, que suponen ya cerca de un 10% del consumo de electricidad mundial¹⁰. Además la obsolescencia programada de los cacharros tecnológicos en su vertiginosa carrera de producción ininterrumpida, genera toneladas de residuos contaminantes. Una buena parte de ellos se exporta a otros países donde son «reciclados» en condiciones insalubres, a menudo bajo el paraguas de la «cooperación al desarrollo», con sus respectivas ayudas económicas. Eso sin hablar de los perniciosos efectos que su uso tiene sobre los hábitos sociales o los peligros que encierra la informatización del mundo (Big Data, 5G, espionaje digital...) en materia de control social. En realidad, la escalada tecnológica tiene más que ver con el refuerzo del poder y el enriquecimiento de las élites, que con una democratización de las condiciones de vida. La utopía digital que promueve el GND no es muy prometedora en términos de ecología y libertad.

El papel de la agricultura industrial como generador de nocividades está para nosotros fuera de toda duda. Dan buena cuenta de ello el uso masivo de químicos y pesticidas; su estructura monopolista en la producción y distribución; la reducción de la riqueza biológica y evolutiva que las variedades comerciales suponen en relación con la diversidad que ofrecen las agricultu-

ras tradicionales; la explotación laboral —sobre todo de mano de obra migrante— en las plantaciones, invernaderos y plantas de embalaje; etc. Aunque las propuestas de GND suelen mencionar la agroecología, no hemos visto una intención clara de enfrentarse a los gigantes agroindustriales que envenenan el planeta.

La política se revela hoy más que nunca como una herramienta de gestión económica y securitaria en pro de unos intereses muy concretos: los del Estado y el capital. El saqueo de los recursos es promovido por los gobiernos con tratados de libre comercio, concediendo impunidad a las grandes empresas. Los aspirantes a gobernantes que intentan cubrir con una pátina verde la alfombra roja que les llevará a su poltrona, tratan de hacernos creer que su momento es ahora. Quieren evitar el desarrollo de un movimiento de crítica y oposición al Estado, convenciéndonos de que el error fatal de buena parte de los rebeldes del pasado fue no *comprenderlo y utilizarlo*. Por eso se esfuerzan en encabezar y reconducir los movimientos populares, aislando a los grupos peligrosos. En lugar de soñar con abolir el capitalismo¹¹, debemos conformarnos con ver incluida alguna de nuestras reivindicaciones al final de sus programas de gestión medioambiental.

Puede que para algunos políticos vocacionales, preñados de buenas intenciones, su objetivo sea materia-

lizar sus ideas de un mundo mejor. A la mayoría, en cambio, los mueve su ambición personal. Asistimos a una «epidemia de realismo y oportunismo» como ya han señalado otros. Cuando la catástrofe no se puede negar hay que gestionarla. Ante la que se nos viene encima los defensores del GND nos lo presentan como una hoja de ruta para emprender, de modo justo e igualitario, la transición ecológica que la realidad impone. Pero ¿lo es?

Nada indica que este giro verde vaya a trabar la creciente desigualdad económica y social propia del capitalismo. No hay nada en él que haga tambalearse las estructuras de dominación. Además, un cambio de estas proporciones requiere ser capitalizado y promete jugosos beneficios a sus inversores. De hecho, no son pocas las voces que incluso encuentran necesario el llamado pacto verde para garantizar el crecimiento económico. Si las estructuras productivas y económicas van a cambiar, quienes antes y mejor estén preparados saldrán ganando. ¿Como no querer controlar cualquier fuerza susceptible de empujar en esa dirección? El nuevo movimiento por el clima es perfectamente útil mientras no ponga en duda el propio sistema, sino solamente algunos de sus aspectos más superficiales. Las élites dirigentes son capaces de defenderse adoptando el lenguaje de los rebeldes una vez lo han vaciado de contenido.

Cuentan con los medios de comunicación de masas para falsificar la realidad y extender su relato¹².

Pero las empresas no van a embarcarse solas en una reforma tan costosa de su estructura productiva. Requerirán para ello la financiación de los Estados. Una de las principales medidas que propone el GND, tomando como referencia al economista Keynes, es que el Banco Europeo de Inversiones emita bonos verdes. Según sus previsiones, se crearán «puestos de trabajo de alta calidad, cualificados y estables»¹³ que permitirán a «todos los ciudadanos mantener a sus familias», incluyendo a «los trabajadores de las industrias de altas emisiones». Para calibrar su éxito insisten en la necesidad de obtener mejores indicadores del progreso, que posibiliten la rápida transición energética que *necesitamos*. En este caso la iniciativa consistiría en incluir «igualdad, medio ambiente, felicidad y salud» en el cómputo del Producto Interior Bruto.

Se trata al fin y al cabo de refundar la economía, desarrollando una nueva ecología basada en la arquitectura fiscal. El territorio, la contaminación o el clima ya han sido introducidos en los misteriosos conductos del laberinto financiero. Gracias a una «intensa diplomacia climática» el GND hará posible añadir manos a la recogida de dividendos. Pero no todos los capitalistas comulgan con sus planteamientos. Existen pro-

minentes escollos, como el llamado negacionismo climático encabezado por el bloque geoestratégico EUA-Brasil (junto a alguna resistencia interna en el viejo continente, como el caso polaco, a quien Europa ya ha ofrecido el cofinanciamiento de su descarbonización). Esta polarización política es utilizada como baza electoral tanto por sus partidarios como por sus detractores. Quienes promueven un cambio de rumbo afirman que este solo será posible imponiéndose al bando contrario.

Incluso en sus versiones más «radicales» el GND es mucho más tibio que otras propuestas, como el decrecimiento. En lugar de plantear un retroceso en el crecimiento económico hasta llegar a un punto óptimo, a partir del cual poder mantenerse, el GND promete prosperidad ininterrumpida, lo que lo hace mucho más atractivo para Estados y corporaciones. Sin embargo, las propias estructuras productivas mecanizadas y automatizadas que su modelo requiere, tienden a destruir puestos de trabajo mientras aumentan el consumo de energía y los niveles de contaminación. Y esto, sin ninguna duda, debería suponer un problema insoslayable. Por otra parte, este pacto, no cuestiona en ningún momento el entramado industrial-financiero-militar que supone el cruel negocio de la guerra, otro de los pilares del sistema.

Para declararse anticapitalista y al mismo tiempo defender el papel del Estado hay que ser muy ingenuo o demasiado listo. Por muchos «equilibrismos» que se quieran intentar no es posible combatir la crisis ecológica sin oponerse a los intereses del Estado. Aquellos que tienden una mano al gobierno y otra al ejército mientras nos hablan de apoyo mutuo o cajas de resistencia, deberían preguntarse cuantas de esas «herramientas ciudadanas» provienen de la tradición de lucha libertaria y que están haciendo con ellas.

Podemos entender que un gobierno menos totalitario implemente medidas que aligeren la opresión, ya sea en materia ambiental o de derechos. Pero eso no significa que vayamos a dejar de seguir combatiendo su poder y denunciar su hipocresía; y mucho menos que debemos convertir el asalto a las instituciones en nuestro objetivo. Sin embargo, parece que para otros sigue vigente la idea de que solamente los dirigentes podrán sacarnos de esta. Que el equilibrio entre naturaleza y actividad humana solo podrá resolverse mediante un pacto entre el poder económico y los gobiernos, supervisado por expertos en ecología.

El peligro que supondría un movimiento por el clima desbordado hacia ideas y prácticas realmente radicales supone una amenaza. Precisamente por eso es más susceptible de ser utilizado como trampolín, pa-

ra conseguir un asiento en la mesa del poder, a cambio de domesticarlo. Desde Cromwell hasta los socialismos del siglo XXI, la historia nos brinda múltiples ejemplos de recuperación de luchas y reivindicaciones. Algunos agudos observadores supieron anticiparse, hace ya cerca de 50 años, al caso que nos ocupa. Guy Debord dejó escrito: «[...] la simple verdad de las *nocividades* y de los riesgos actuales es suficiente para constituir un inmenso factor de revuelta, [...]». Pierre Souyri fue todavía más lejos: «Las campañas alarmistas desatadas a propósito de los recursos del planeta y del envenenamiento de la naturaleza por la industria no anuncian en verdad ninguna intención por parte de los círculos capitalistas de detener el crecimiento. Más bien al contrario. El capitalismo se adentra ahora en una fase en la cual va a verse obligado a poner a punto todo un conjunto de técnicas nuevas de producción de energía, de extracción de minerales, de reciclaje de basuras, etc., y a transformar en mercancía una parte de los elementos naturales esenciales para la vida. Todo ello anuncia un periodo de intensificación de las investigaciones y transformaciones tecnológicas que exigirán inversiones gigantescas».¹⁴

Como es sabido, una minoría está a los mandos de la megamáquina gracias a que todo su peso recae sobre una inmensa mayoría. El precariado, los excluidos, las

migrantes, las de abajo... —a grandes zancadas también el personal laboral fijo, el funcionariado, la clase media...—, sobran y pagan las consecuencias en caso de avería. Unos defenderán su supervivencia, otros sus intereses. El GND plantea una «cuarta revolución industrial» que permita insertar a la mayor parte de la población mundial en el modelo consumista del norte del planeta. ¿Qué papel habrá de jugar el sur en la extracción de recursos o en la exportación de la contaminación verde? ¿Cual es el modelo de civilización que toma como bueno?

Paradójicamente, donde nosotros predecimos destrucción los defensores del GND pronostican fortuna. En lugar de imaginar futuros billonarios de la energía verde, imaginan millones de empleos para familias humildes gracias a la transición energética; en vez de fortalecer los lazos y las luchas de las comunidades, invierten en infraestructuras y programas que invaden sus territorios; y sin pensar en desmantelar el actual sistema de transportes, comunicación y turismo, proponen reducir las emisiones con la expansión de vehículos eléctricos o mediante la construcción de trenes de alta velocidad. No debemos haber frecuentado la misma literatura distópica.

El cambio climático se ha convertido en un temible vector de las vicisitudes del progreso, pero el hambre

y la miseria, la infelicidad y la desesperación, a la que son empujadas millones de personas en todo el mundo, no han nacido con él. A su vez, los flujos migratorios no constituyen el menor de los problemas. Para el control y regulación de una parte de ellos, la figura del refugiado climático aparece en prácticamente todos los programas verdes. Se supone que convertida en ley, esta figura contribuirá a protegerlos «contra el aumento del nivel del mar y garantizar un nivel de vida decente». Pero a nosotros nos plantea muchos interrogantes. Desde el punto vista climático las llamadas vías migratorias no conducen, necesariamente, de lugares menos seguros a otros más seguros. Además, las razones para lanzarse a ellas responden a multitud de causas y será complicado dilucidar cuales se ajustan exclusivamente a imperativos climáticos. Sin embargo, no es muy difícil darse cuenta que detrás de los motivos que empujan a migrar, siempre existen razones relacionadas con la desigualdad social y económica. Sin querer restar importancia a la emergencia climática, de momento, lo que ahoga a las personas es el capitalismo y no el nivel del mar.

Al catalogar los distintos tipos de migraciones aceptables sin cuestionar las razones que subyacen, aun sin quererlo, se culpabiliza a quienes no encajan en los perfiles permitidos. Migrar ya no tiene que ver con el de-

recho a desplazarse o a permanecer donde se pueda o quiera, sino con cumplir una serie de requisitos decididos desde arriba. Hasta que punto este tipo de medidas protegerán o vulnerarán los derechos de millones de personas es difícil predecirlo. Lo que está claro es que escamoteando las verdaderas causas del problema no se llegará a una solución. En cuanto a las medidas en marcha, la intención no deja lugar a dudas: «[vamos a] mejorar la gestión de las fronteras externas con 10.000 funcionarios permanentes. Desplegaremos en primavera los primeros 700 guardacostas europeos. Serán el primer cuerpo comunitario que tendrá sus propios equipamientos, barcos, llevarán armas y tendrán uniformes comunitarios».¹⁵

Colapso y autogestión conforman un cuadro complicado. Alguien como Ivan Illich se dio cuenta pronto de que las luchas en defensa de los puestos de trabajo iban a chocar con las luchas contra las nocividades. Señalar a las élites dirigentes, la concentración de la propiedad, la división de clases... es necesario. Pero los medios de producción, cuyo control ha sido históricamente denegado al proletariado, son en gran parte perniciosos, insostenibles y detestables. ¿Quien desea autogestionar una planta de residuos animales, una macrocárcel o un cementerio nuclear? Los viejos esquemas de reapropiación y autogestión dejan muchos aspectos

tos incómodos por resolver. Señalarlos no implica abolir las ideas revolucionarias sino trasladarlas a la realidad. Ante la doble vertiente expoliadora del capitalismo, que al mismo tiempo que socava las bases materiales capaces de garantizar nuestra supervivencia en el planeta, barre con los conocimientos y espacios que hacían posible la vida fuera de sus dominios, la vieja reivindicación proletaria sobre la gestión obrera de los medios de producción, no debería dejar de lado la exigencia del derecho a la tierra.

El trabajo asalariado y el saqueo de los recursos son la base de la acumulación económica. El capitalismo se reproduce a sí mismo a través de la vida cotidiana. La historia no se puede salvar más que por la abolición del trabajo-mercancía. Pero, ¿como podemos articular estrategias de resistencia masiva dentro del capitalismo? ¿Desde dónde? Las posibles alternativas al colapso, si es que podemos hablar en esos términos, se habrán de edificar sobre otros cimientos, sobre las ruinas del mundo actual. No es posible corregir el rumbo destructivo del progreso con un tímido golpe de timón. Esa es la entelequia del GND.

La hipótesis del colapso, especialmente cuando se nos presenta envuelta con una exagerada exactitud y unas características previstas de antemano, puede llegar a fortalecer el sentimiento de necesidad de una

organización social fuerte y autoritaria, un Estado omnipotente, capaz de garantizar una organización filomilitar del cuerpo social. Aun así, hay quienes han visto en dicha hipótesis una oportunidad para la sociedad civil. Se basan en que las grandes ciudades, gigantes con pies de barro donde se concentra el poder, serán más vulnerables que los entornos rurales. En consecuencia, nos dicen, la dominación no podrá evitar su derrumbamiento. Este es uno de los motivos por el cual pregonan la vuelta al campo. Pero esto es muy poco probable. Cuando las acequias de riego se secan los campos de golf siguen verdes. Y entre los millones de habitantes que se amontonan en las conurbaciones solo una pequeña porción pertenece a la élite, que huirá o se atrincherará en su *búnker-jacuzzi*.

Una parte importante de las inversiones en investigación de los más ricos del planeta están siendo destinadas a encontrar el modo de huir a Marte o aislarse y protegerse de la mejor manera ante una catástrofe ambiental. Por su parte, los gobiernos siguen buscando perfeccionar el control social a través de la tecnología, pero también de su brazo militar. Cuando la cosa se pone fea el capital da un paso atrás para dejar que el Estado haga su trabajo. Lo hemos podido comprobar durante el estado de emergencia del coronavirus. Igualmente hemos visto como desde distintos sectores, in-

cluso desde cierta «izquierda extraparlamentaria», se ha defendido la necesidad de movilizar al ejército o de reprimir severamente. Ha sido un buen ensayo de escenarios venideros. Probablemente será en el depósito de un tanque, y no en el de una furgoneta repartiendo cestas de verdura ecológica, donde se despida de este mundo la última gota de gasoil.

Hablar de lo rural en términos de rendición en oposición a lo urbano es bastante discutible. Es cierto que muchas de las luchas más impetuosas han tenido y tienen como escenario la ciudad. Pero ¿qué papel juega el vaciamiento rural en la desprotección de los recursos naturales que hacen posible, en gran medida, el crecimiento de la economía? La oposición a los megaproyectos desarrollistas, la única que consigue frenar algunos de ellos, se da en los pueblos, en las montañas, en las selvas, etc. En la medida en que el territorio se despuebla pierde también su capacidad de resistencia. Además, a pesar de que la urbanización intensiva de los territorios ha limado las diferencias entre estos dos mundos —el urbano y el rural—, estas no han desaparecido. Sugerir que lo que caracteriza a lo urbano lo hace más combativo, o que el ámbito rural promueve una vida que puede ser más nociva «siquiera para la salud», sin ofrecer ningún argumento

para ello, no nos ayuda a entender lo que ocurre a nuestro alrededor.

En términos de equilibrio climático, en cuanto a consumo de energía y emisiones contaminantes, existe un abismo entre lo urbano y lo rural. Esto nos puede dar una idea sobre las perspectivas ecológicas de ambas. Sabemos que estamos pasando por alto una cuestión crucial: la densidad de población. No decimos que la vuelta al campo sea la solución a todos los males, pero no nos parece una dimensión que haya de ser menospreciada. Su banalización lo ha convertido en un tópico inofensivo de la militancia «alternativa», lo cual hace un flaco favor a los partidarios de la transformación social. Al final, si solo planteamos dos opciones: la revolución internacional o la extinción, y ninguna de ellas acontece, ¿qué espacio queda para las propuestas contrarias a la intervención política a través del Estado?

Algunos proponen una comunidad revolucionaria organizada internacionalmente. Para ellos, un modelo de comunas assemblearias dispersas podría conducir a un «sálvese quien pueda». El debate es interesante pero el problema es que nada de esto está ocurriendo a una escala capaz de constituir una alternativa real. Quizás uno de los mayores problemas que afrontamos sea el de combinar una vertiente constructiva con una fuerte ca-

pacidad defensiva. Creemos que es precisamente en las comunidades solidarias donde se pueden consolidar los lazos que permitan llevar a cabo una resistencia fuerte, entorpeciendo la ambición estatal de conquistar la totalidad del mundo —tanto física como simbólicamente—. Frente a la falsa libertad individual del «contrato social», la colectividad. En lugar de la complejidad técnica y la fe ciega en la ciencia y la informatización, una vida más sencilla que recupere los conocimientos ligados al autoabastecimiento y el equilibrio ecológico; la autogestión de la salud; una educación libre, etc. Y lo fundamental, frente a la forma Estado, la autonomía. En definitiva, para vivir de otro modo es necesario empezar a construir un afuera librándonos de la fiebre reformadora.

Es importante sumarse a las luchas que vayan surgiendo así como impulsar las que podamos en nuestros pueblos o ciudades. Pero lo es sobretudo para conquistar espacios autónomos y segregarnos del Estado, no para convertirnos en baza de los agentes de la «izquierda» o en elementos de «presión ciudadana». El GND pretende apuntalar el sistema mientras lo dota de una apariencia de radicalidad democrática, basándose en el espíritu gregario de las masas. Los procesos de lucha pueden contribuir a una toma de conciencia y hacer más evidentes

los antagonismos sociales. Sería interesante tratar de construir comunidades fuertes, urbanas o rurales, capaces de llevar a cabo una inversión de valores que nos aleje del capitalismo.

Cierto es que las propuestas radicales y antiautoritarias que somos capaces de generar chocan con muchas dificultades para hacerse realidad. Nos encontramos, sin ninguna duda, en una posición poco esperanzadora. La fe en la neutralidad de la tecnología y en el potencial de los medios de producción ha mermado la confianza en nosotros mismos, en la capacidad de toda comunidad humana para salir adelante de una forma equilibrada e igualitaria. El determinismo histórico que ha impregnado en mayor o menor medida —pero casi sin excepción— las ideas emancipatorias, nos ha dejado a merced de los delirios de los profetas del progreso. Ahora su religión se viste de verde pero bajo sus revelaciones, nuestro futuro se tiñe de negro.

Las llamadas a los pequeños gestos ciudadanos o a arrimar el hombro se convierten en cortinas de humo que desvían el foco de los verdaderos problemas. Son en realidad llamadas a la falsa conciencia, a admitir el gobierno menos malo y seguir con nuestras vidas mientras no se quiebren del todo. El GND renueva el aspecto del ciudadano ejemplar dotándolo de radicalidad ecologista. Habla de asambleas y comunidades

para ponerlas al volante de la transición verde. Pero toma como modelo la Works Progress Administration de Roosevelt, una agencia nacida por orden presidencial con el objetivo de ocupar a millones de desempleados en la ejecución de obras públicas. Incluso el ecologismo social, que sí ha articulado una crítica similar en muchos aspectos a la que aquí ofrecemos, sigue apelando a un Estado —con eufemismos como «nueva política» o «parlamentarismo»— cuya función sería proyectarnos hacia una sociedad «posible y justa». A nosotros nos resulta sorprendente que se siga manteniendo una posición tan ingenua ante una institución que ha dejado bien clara su naturaleza totalitaria.

Se le podrá echar en cara al mundo libertario —si es que tal cosa existe— no ser capaz de articular una respuesta a la altura de las circunstancias. Ni siquiera llegar a una posición común. Pero no queda claro de que serviría alcanzar conclusiones cerradas cuando no se cuenta con las fuerzas necesarias. Estos argumentos parecerían justificar la postura «realista» que propone el GND. Sin embargo, si asumimos que no hay un movimiento a la altura tendremos que construirlo. Y para hacerlo, si no somos críticos, caeremos en las mismas penalidades que pretendemos erradicar. Esto puede parecer utópico, pero más utópico nos parece pensar a estas alturas que, por arte de magia verde,

los Estados se van a humanizar tomando partido por la naturaleza y la libertad.

Si para salvar al planeta retiramos del centro del debate la cuestión autoritaria, es decir, si aceptamos que las decisiones sobre el futuro del mundo sigan secuestradas y dirigidas por unos pocos, entonces, tal vez merezca la pena extinguirnos. ¿Con qué derecho podemos afirmar algo así? ¿Quién puede oponerse a la única organización capaz de salvar la vida en el planeta? Solo un loco o un suicida. La servidumbre ecológica siempre será preferible a la aniquilación. Obedecer para sobrevivir, ese parece ser el mensaje. En esos términos de miseria espiritual —y no únicamente de emergencia climática—, la diatriba entre rebelarse y extinguirse adopta una nueva dimensión, dotando tal vez de más sentido a su planteamiento.

Lo que nosotros defendemos es afrontar la vida de una forma crítica, solidaria y combativa. No tenemos una fórmula para llevarlo a cabo pero a cada paso, vamos viendo aquello que nos impide siquiera intentarlo. Contra el poder y la dominación, contra el Estado y el capital, siempre habrá voces y brazos dispuestos a no ceder. Resistir no es vencer pero nos ahorra caer bajo el embrujo de unos cantos de sirena que nos susurran al oído aquella conocida y despreciable melodía... algo tiene que cambiar para que todo siga igual.

Notas

¹Aquí nos basaremos en un texto firmado por Green New Deal for Europe, grupo que afirma recoger las distintas sensibilidades de un amplio repertorio de organizaciones, políticos y activistas de izquierda. El texto en cuestión es *10 pillars of the Green New Deal for Europe*, del que hay una traducción disponible en línea en: <<https://contraeldiluvio.es/2019/12/05/10-pilares-green-new-deal-para-europa/>>. Existen otros proyectos promovidos desde otras esferas —que no siempre adoptan el calificativo GND—, como la llamada Agenda 2030, con diecisiete objetivos de desarrollo sostenible para todo el mundo, impulsado por la ONU y firmado por 193 países. Disponible en línea en: <<https://www.agenda2030.gob.es/>>.

²Cuando el autor se refiere al consumo energético en toneladas lo hace según el «equivalente de petróleo». Esta unidad de medida es equiparable al rendimiento de una tonelada de petróleo y sirve a su vez como indicador de los niveles de emisión de dióxido de carbono (CO₂) a la atmósfera. (Nota de los Editores).

³Literalmente «la vergüenza de volar». Esta corriente, presente sobretudo en Suecia, promueve otros medios de transporte ante el dilema ético que supone viajar en avión, debido a su impacto sobre el cambio climático. (N. de los E.).

⁴Documento disponible en línea: <<https://www.15-15-15.org/webzine/2019/04/19/consideraciones-sobre-el-coche-electrico-y-la-infraestructura-necesaria/>>

⁵Entre 2001 y 2006 el colectivo Los Amigos de Ludd publicó los nueve números del «Boletín de información anti-industrial», publicación que llevaba como título el propio nombre del colectivo.

En 2007 la editorial Muturreko Burutazioak publicó el libro: *Las ilusiones renovables, la cuestión de la energía y la dominación social*, firmado por el mismo colectivo, donde se recogían distintos ensayos independientes pero con la cuestión de la energía como hilo conductor. (N. de los E.).

⁶Siglas en Francés del Panel Intergubernamental del Cambio Climático, organización para el cambio climático de la ONU. (N. de los E.).

⁷Contadores que miden los niveles de radiación. (N. de los E.).

⁸Santiago Muño, E. & Tejero Franco, Héctor. (2019). *¿Qué hacer en caso de incendio? Manifiesto por el Green New Deal*. Capitán Swing. (N. de los E.).

⁹El GND está siendo defendido por partidos como Más País, Equo, Unidas Podemos o el propio Ministerio para la Transición Ecológica del gobierno del PSOE. Sin embargo, desde lo que podríamos llamar el ecologismo social —del que Ecologistas en Acción sería su cara más visible— se está lanzando una crítica interesante a los fundamentos de dicho pacto, aunque lamentablemente, sin a penas atreverse a cuestionar el papel del Estado.

¹⁰En el Estado español más de la mitad de la energía eléctrica proviene de centrales nucleares, centrales de ciclo combinado y plantas de carbón (datos del Ministerio para la Transición Ecológica y de Red Eléctrica Española). A nivel mundial hablamos de casi el 75 % (datos de la Agencia Internacional de la Energía).

¹¹Cuando hablamos de capitalismo incluimos también al gigante comunista chino. Su estructura de dictadura-fábrica con capital estatal lo ha llevado a ser el mayor emisor de CO₂ del mundo, entre otras lindezas.

¹²Entre el 3 y el 15 de diciembre de 2019 tuvo lugar la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Cambio Climático (COP25), bajo la presidencia de Chile pero trasladada a Madrid por las revueltas que barrían el país sudamericano. Entre las principales patrocinadoras se encontraba Endesa, empresa líder en emisiones contaminantes. En la jornada previa al inicio de tan magno evento, un mismo titular ocupó decenas de portadas: «Endesa presenta, en la COP25 de Madrid, sus soluciones para una sociedad libre de emisiones». Ediciones impresas de diarios como *ABC*, *El País*, *El Mundo*, *La Vanguardia*, *El Correo*, *Expansión*, *La Voz de Galicia* o *20 Minutos*; generalistas o locales; especializadas o universales; de pago o gratuitas... todas coincidieron en la elección del mensaje que presidía su primera página. cf. *El Salto Diario* (02.12.2019).

¹³Mientras no se indique lo contrario, las citas pertenecen a Green New Deal for Europe, *op. cit.*

¹⁴Debord. G. (1971) *El planeta enfermo*. Aparecido en el número trece de la revista *Internacional Situacionista*. En este breve texto supo vislumbrar varios aspectos de los que aquí tratamos. Souyri, P. (1983). *La dynamique du capitalisme au vingtième siècle*. Publicado a título póstumo, sin duda fue escrito antes de 1979, año en que murió su autor. Citado desde Riese, R. & Semprun, J. (2011). *Catastrofismo, administración del desastre y sumisión sostenible*. Pepitas de Calabaza.

¹⁵Margaritis Schinas, Vicepresidente de la Comisión Europea para la Promoción del Modo de Vida Europeo. «La UE en 2020: hacia el horizonte verde y digital tras la década de la policrisis». *El País* (03.01.2020).

Índice

Editorial	5
La cuestión de la energía	13
El capital no ha de ser la medida de todas las cosas	25
Una crítica al concepto de colapso	39
Reverdecer el capitalismo, un programa para las próximas décadas de dominación social	51
A modo de epílogo: ¡Fuck Green New Deal!	65
<i>Notas</i>	89

